

EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO DEMOCRÁTICO*

Ángel Flisfisch y Arturo Fontaine T.

Comentario del Sr. Ángel Flisfisch

I

En mi opinión, el libro de Michael Novak presenta una importante ambigüedad, que lo permea completamente.

Durante extensos pasajes se tiene la impresión de que el libro persigue entregar una descripción precisa, realista —podríamos decir objetiva— del capitalismo democrático. Se trataría, entonces, de un esfuerzo analítico, *positivo*, que tendría por objeto este particular tipo de organización social, tal como ella existe y funciona.

Ciertamente, esa descripción debería incluir los ideales del capitalismo democrático, en cuanto elementos del sistema cultural-moral que lo integra, de acuerdo a la distinción tricotómica que organiza el libro: economía, sistema político (*polity*) y sistema cultural-moral. Pero tendría que

ÁNGEL FLISFISCH. Abogado Universidad de Chile; M. A. y Ph. D(C) en Ciencias Políticas, Universidad de Michigan. Profesor de Flacso.

* Versiones escritas de las exposiciones orales realizadas en el Centro de Estudios Públicos con motivo de una mesa redonda sobre “Sistemas Económicos, Valores Culturales y Régimen Democrático”, en la cual participaron los Sres. Michael Novak, Ángel Flisfisch y Arturo Fontaine Talavera.

incluirlos como un elemento más del análisis positivo, mostrando su efectiva función dentro del conjunto del capitalismo democrático, independientemente del compromiso del autor con esos ideales. De hecho, hay pasajes en que explícitamente se promete entregar ese análisis positivo, o se caracteriza así la argumentación contenida en el libro.

Por otra parte, y especialmente hacia el final, se dice que lo que se busca es exponer el credo del capitalismo democrático. Es decir, sus ideales, pero no ya como un elemento de un tipo de organización social históricamente observable, sino intentando persuadir al lector de la bondad de estos ideales.

Tal como los socialistas han venido exponiendo desde hace décadas sus ideales, tratando de convencer de que un orden social regido por ellos es un orden superior a otros órdenes concebibles, Novak intenta un esfuerzo semejante. En consecuencia, y dada la identificación sustancial que el autor hace entre capitalismo democrático y el orden social estadounidense, el libro se orienta hacia una apología del credo americano. O, por lo menos, hacia una apología de la versión que Novak ofrece de ese credo.

Ahora bien, ambos tipos de objetivos definen universos del discurso distintos, regulados por lógicas diferentes. Una es la lógica del manifiesto, y otra distinta es la lógica de la investigación sociológica o de la economía positiva. La lógica del manifiesto está próxima o se identifica con la de la filosofía social o filosofía política. Ello implica una argumentación que mezcla indisolublemente premisas especulativas, observaciones, proposiciones empíricas y juicios de valor.

Esa clase de argumentación no es reprochable. Contrariamente, es necesaria. No obstante, encierra siempre el riesgo claro de que el autor tienda a sustituir la descripción de lo existente, tal como efectivamente opera, por una imagen ideal de la buena vida o buen orden, tal como ella se puede inferir de los postulados y premisas que se ubican en el nivel decididamente especulativo de la argumentación.

A su vez, esa operación intelectual de sustitución deforma considerablemente la descripción positiva de lo existente. Termina por ignorar o simplemente ocultar aspectos de la realidad que son contradictorios con lo que se supone que es el buen orden. En definitiva, al lector se le hace difícil discriminar entre lo que es y lo que debe ser, entre la imagen que se infiere del modelo normativo o ideal y las organizaciones sociales históricamente efectivas.

La operación de sustitución en cuestión no es inocente. Por lo menos, no lo es en cuanto a sus efectos. Al deformar lo históricamente efectivo, o al suplantarlo por esa imagen ideal del buen orden, que es lo que

acontece en el caso extremo, produce una consagración de lo históricamente existente. Es lo que a menudo acontece con las discusiones sobre los socialismos reales o los capitalismos reales. El énfasis en las premisas especulativas de los respectivos modelos de sociedad permite que se pasen por alto aspectos esenciales, que son históricamente efectivos y que están en flagrante contradicción con los contenidos de esos modelos de sociedad. Se obtiene así la paradoja de que la discusión, al situarse en el nivel de la reflexión y crítica de los ideales en sí mismos, acaba por embotar la sensibilidad y capacidad crítica respecto de lo que efectivamente existe, cuando era precisamente esa capacidad y esa sensibilidad lo que se intentaba reforzar. Al final de cuentas, ¿qué otra legitimidad se puede conferir al viejo recurso de inferir lógicamente mundos a partir de determinadas premisas y categorías, sino aquella que se fundamenta en el hecho de que esas operaciones intelectuales nos permiten iluminar críticamente las zonas más oscuras de la vida social?

El libro de Michael Novak incurre justamente en ese pecado recién esbozado. Su descripción de lo que él presenta como la realidad del capitalismo democrático pasa por alto aspectos que me parecen fundamentales. Su visión de lo que ese capitalismo efectivamente es se aproxima sospechosamente a la imagen de lo que ese capitalismo debería ser. Hay, entonces, sesgos y distorsiones que creo que afectan la objetividad del discurso más allá de lo conveniente.

Por esa razón, he preferido centrar mis comentarios en la dimensión descriptiva del libro. Una discusión más abstracta, que intentara oponer a los ideales del capitalismo democrático otro tipo de ideales, nos sumiría rápidamente en una polémica estéril y sin salida. Adicionalmente, este énfasis en la descripción hace más fácil traer finalmente la reflexión hacia nuestros propios problemas, que es lo que trato de hacer en la última parte de estas notas.

II

A mi juicio, la descripción de la realidad del capitalismo democrático que ofrece Novak pasa por alto, por lo menos, cuatro aspectos que son importantes. No digo que sean los únicos. Con más tiempo y mayor maduración probablemente habría que concluir que el cuadro presentado exigiría un sinnúmero de correcciones.

Los cuatro aspectos que me parecen que vale la pena destacar son los siguientes: atenuación más allá de lo razonable de las dimensiones de

dominación y fuerza involucradas en la operación del capitalismo democrático, tratamiento inadecuado de las tendencias a la monopolización y oligarquización inscritas en el capitalismo democrático, una visión deformada del problema de las exclusiones sociales en el capitalismo democrático, y por último ignorancia del hecho de la conciliación de clases como rasgo esencial suyo.

Me referiré separadamente a cada uno de estos aspectos:

1. En el libro de Michael Novak los aspectos de fuerza y dominación, tanto en los procesos históricos de constitución del capitalismo democrático como en su operación efectiva contemporánea, aparecen atenuados más allá de lo razonable.

En el fondo, y pese a las múltiples prevenciones a lo largo del libro en el sentido de que el pecado —entendido como voluntad de poder— está fatalmente inscrito en el sistema, tal como lo estará en cualquier otro sistema, la imagen evocada por el autor tiende a ser francamente idílica. Y ello respecto de dos fenómenos que constituyen la expresión más patente de la voluntad de poder.

De este sesgo resulta que la dominación y la violencia son tratados como simples productos excedentarios —epifenómenos, meras excrecencias perversas— en la operación del sistema. En consecuencia, están desprovistas de toda centralidad en cuanto al movimiento mismo del capitalismo democrático.

Ahora bien, sobre este punto hay por lo menos dos preguntas pertinentes. Una dice relación con cuán opresivo o cuán violento sea el sistema en su operación contemporánea. Esa pregunta tiene que formularse necesariamente en términos comparativos, y la respuesta sólo podría proporcionarla la investigación sociológica o politológica empírica. Probablemente, el capitalismo democrático es menos coercitivo que, por ejemplo, la Unión Soviética. Esa parece ser una hipótesis plausible. Pero también hay otras hipótesis plausibles. Por ejemplo, que las sociedades de los países escandinavos son menos coercitivas que la sociedad estadounidense.

La otra pregunta se refiere a la centralidad que han jugado los fenómenos de dominación y fuerza en el movimiento del capitalismo democrático. Aquí, adoptando una perspectiva histórica, se puede afirmar que ellos han desempeñado un papel protagonizo en determinados momentos cruciales.

La ilustración obvia de esa proposición es la guerra civil, y el análisis clásico sobre su centralidad en el desarrollo político estadounidense es

el de Barrington Moore¹. De acuerdo a Moore, no es un epifenómeno o una mera excrecencia en la trayectoria de un desarrollo político gobernado por legalidades ajenas a ella. Se trata, inversamente, de una guerra que es decisiva en cuanto al carácter democrático que el capitalismo asume en los Estados Unidos.

Esta afirmación de Moore en cuanto al papel protagónico de los fenómenos de dominación y fuerza puede extenderse a diversos otros dominios de hechos. Siguiendo con los ejemplos, se podría citar en general el caso de los procesos de emergencia de nuevos movimientos sociales. Específicamente, el caso del movimiento obrero, o el de los procesos de integración de grupos étnicos. Son historias dramáticas, sangrientas y opresivas, cruciales para la comprensión del movimiento de la sociedad, y relegadas por Michael Novak a un lugar secundario o simplemente olvidadas.

Lo que quiero subrayar con estos ejemplos no es la pretendida validez de alguna proposición general sobre el papel de la fuerza en la historia, o ir en apoyo del lugar común de que los fenómenos de dominación y fuerza son inseparables del quehacer humano. Simplemente quiero destacar que, en mi opinión, la evaluación del orden social que supone el capitalismo democrático no puede, so pena de deformar la realidad evaluada, prescindir de su consideración. Esta deficiencia es aun más inexplicable en un teólogo, que identifica voluntad de poder y pecado y que, por lo tanto, debería desplegar una especial sensibilidad a los fenómenos de dominación y fuerza asociados con el movimiento del orden social que juzga.

2. El libro de Michael Novak despacha demasiado superficialmente las tendencias a la oligarquización y monopolización de oportunidades presentes en el capitalismo democrático.

En realidad, estas tendencias están presentes en la operación de cualquier estructura social. Salvo estructuras sociales rígidas y osificadas, la gran mayoría de ellas se mueve en términos de una dialéctica o dinámica de *apertura y cierre*.

El momento de apertura es el momento de expansión, de creación de oportunidades y de apropiación de oportunidades por los recién llegados. Es el momento de la movilidad y de la circulación, tanto de elites como de contingentes más masivos. Estos procesos de apertura son expresivos de voluntad de poder, y usualmente ella se canaliza políticamente, cuando no lo hace por vías eminentemente más disruptivas.

Pero la expansión de oportunidades y su apropiación induce procesos de cierre social, de esfuerzos por lograr una apropiación monopólica de

¹ Barrington Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Beacon Press, Boston, 1967, pp. 111-161.

las oportunidades creadas, excluyendo a potenciales contendores o competidores. Al igual que en el momento de apertura, los procesos de cierre social se canalizan políticamente, y son expresivos de voluntad de poder. Eliminar las tendencias al cierre en cualquier estructura social implicaría erradicar en un grado importante la voluntad de poder, y ello nos lleva directamente al reino de la utopía.

No obstante, en la visión de Michael Novak la economía política del capitalismo democrático es autocorrectiva en relación con estas tendencias al cierre social. Es decir, la propia dinámica de las estructuras socioeconómicas frenaría esas tendencias, manteniendo los mercados abiertos y posibilitando una expansión indefinida de oportunidades.

Esa visión es dudosa, particularmente hoy en día. Históricamente, hay ejemplos clásicos de cierre social en el capitalismo democrático, como es el caso de la profesión médica, que en realidad ilustra el caso general de las profesiones².

Estas tendencias al cierre social parecen ser especialmente vigorosas en el capitalismo contemporáneo. En la literatura se identifican usualmente mediante la apelación a la idea de la presencia de una fuerte dimensión corporativa en la economía política del capitalismo, y se habla aún de un neocorporativismo.

De hecho, hay diagnósticos de la situación actual de la economía política estadounidense que enfatizan el aspecto de cierre social, como el de la *sociedad suma-cero* de Thurow³, citado al pasar por Novak.

Para Thurow, la sociedad ha desembocado en una economía política altamente corporatizada, que ha puesto las condiciones para un equilibrio estable de intereses, que bloquea las innovaciones exigidas para redinamizar la economía y enfrentar exitosamente los problemas que plantea la sociedad. No hay agentes que posean un interés propio en romper el equilibrio, impulsando innovaciones, o si los hay, carecen de oportunidades para hacerlo mientras se mantengan al interior de la sola estructura económica.

Es el tipo de situación que sólo puede desbloquearse a través de acciones políticas deliberadas. Es decir, precisamente por medios que son la negación de la idea de autocorrectivos o mecanismos automáticos de ajuste.

Es esta realidad la que hace que el optimismo de Novak sea infundado. A la vez, ese optimismo deforma la imagen del capitalismo democrático que el autor ofrece. Y si bien es cierto que esa ceguera le permite pintar

² Véase Magaly Sarfatti Larson, *The Rise of Professionalism*, University of California Press, 1977.

³ Lester C. Thurow, *The Zero-Sum Society*, Penguin Books, 1981.

un cuadro donde predominan los tonos rosa, también lo es que ella lo lleva a pasar por alto la *necesidad* de acciones políticas correctivas.

3. En *The Spirit of Democratic Capitalism* hay una visión inadecuada del problema de las exclusiones sociales en las sociedades capitalistas democráticas.

De estarse a la descripción del profesor Novak, habría que concluir que también en este caso el sistema posee mecanismos automáticos de corrección. Para cualquier *grupo* que se encuentre en posiciones sociales nítidamente desventajosas en relación con la mayoría de los restantes grupos, el problema residiría simplemente en dejar pasar el tiempo suficiente para que se produjera su integración social. Existiría entonces algo así como una garantía de éxito, en el largo plazo, para cualquier grupo social.

Pero la verdad es que los procesos de integración social en el capitalismo democrático parecen ser realidades mucho más complejas y conflictivas que lo que supone la visión elaborada en el libro. Hay claramente una faz oscura y oculta de estos procesos, que es precisamente la que intentan desentrañar e iluminar obras como *Poor People's Movements* de Frances Fox Piven⁴. Es esa literatura la que se echa de menos en el tratamiento que Michael Novak hace del problema. Ciertamente, su inclusión llevaría a una presentación más matizada y menos idílica del tema.

La lección que se extrae de esa literatura es la de la ausencia de algo así como una garantía de éxito, avalada por la simple operación del sistema, en cuanto a la integración de grupos sociales excluidos.

Contemporáneamente, se podría ser más radical, y avanzar la hipótesis de que esos procesos de integración se han venido tornando crecientemente dificultosos, y, por lo tanto, más conflictivos y costosos para los grupos sociales afectados. La explicación de esa dificultad creciente residiría en la progresiva rigidización de la estructura social: a medida que la sociedad tiende a un estado *suma-cero*, la voluntad de excluir se hace más manifiesta y obstinada.

Ciertamente, está también la hipótesis, eminentemente plausible, de que en términos comparativos el capitalismo democrático acrecienta las ventajas de los socialmente excluidos para lograr su integración en la sociedad.

No obstante, en este punto le asalta a uno la duda acerca de qué es lo que contribuye más a conferir esas ventajas: si el carácter capitalista del capitalismo democrático, o el carácter democrático del capitalismo demo-

⁴ Frances Fox Piven y Richar A. Cloward, *Poor People's Movements*, Vintage Books, 1979.

crático. Desde el punto de vista de los socialmente excluidos, la lección a extraer es bien distinta en uno y otro caso.

4. En su análisis, el profesor Novak soslaya un rasgo esencial del capitalismo democrático, que probablemente es condición necesaria para su supervivencia: la conciliación de clases.

No es que Novak ignore la existencia del conflicto social básico de la sociedad industrial —esto es, el conflicto entre capital y trabajo—, pero nuevamente sujeta su análisis al solo movimiento de la economía en sentido estricto.

En efecto, el libro supone que en el capitalismo democrático ese conflicto se encuentra considerablemente atenuado y regulado en un grado importante gracias al puro hecho del crecimiento económico. Si la economía llegara a constituirse como juego suma-cero, ese conflicto pasaría irremediablemente al primer plano, y su regulación se haría dificultosa o, en el extremo, imposible. La conciliación de clases sería así un subproducto de la abundancia.

En mi opinión, el problema de la conciliación de clases y sus condiciones es clave no sólo para la comprensión del capitalismo democrático, sino para un correcto entendimiento de las condiciones y prerequisites de la aspiración democrática en general. No obstante, dado el objetivo de estos comentarios, me limitaré a hacer las siguientes observaciones:

a) El crecimiento económico, en cuanto fenómeno macroeconómico, es sin duda una condición favorable para la conciliación. Sin embargo, no es ni necesario ni suficiente.

La conciliación es fundamentalmente un *hecho político*, y se encuentra regida, en consecuencia, por una legalidad que es mucho más política y mucho menos económica⁵.

b) El punto anterior se muestra con claridad cuando se cae en la cuenta de que los esquemas de conciliación hoy vigentes en el capitalismo democrático surgieron durante el período de entreguerras. Es decir, en condiciones económicas que, bajo la hipótesis de crecimiento o abundancia relativa, eran desfavorables a la conciliación.

En realidad, los esquemas de conciliación se constituyeron como respuestas políticas a una situación de crisis y no como subproductos mecánicamente generados por la abundancia.

⁵ Al respecto, véase Adam Przeworski, *Compromiso de Clases y Estado: Europa Occidental y América Latina*, en *Estado y Política en América Latina*, N. Lechner (editor), Siglo XXI, México, 1981.

c) La relación de determinación es mucho más intensa entre la conciliación y el carácter democrático del capitalismo democrático, que entre ella y el carácter capitalista de ese capitalismo democrático.

Esto es, entre democracia y conciliación hay una determinación recíproca: la democracia es una condición necesaria de la conciliación y, por otro lado, sin conciliación la democracia es altamente inestable.

d) El hecho político de la conciliación trae consigo dos fenómenos que son constitutivos de ese mismo hecho político: la existencia del Welfare State o Estado benefactor, por un lado, y una relativa corporativización de la economía, por otro lado.

Este punto es importante, y vale la pena subrayarlo. Ni el Estado benefactor ni la corporativización relativa de la economía son desarrollos perversos de un capitalismo democrático que podría ser más sano prescindiendo de ellos. Ambos rasgos derivan directamente del hecho de la conciliación de clases, y en ausencia de conciliación el capitalismo democrático dejaría rápidamente de ser democrático.

De las observaciones precedentes se pueden extraer dos conclusiones de interés, con las que finalizo esta primera parte de mis comentarios.

La primera es que la economía política del capitalismo democrático implica una modificación importante de la legalidad que rige en una sociedad de mercados puros. En razón de los fenómenos arriba indicados, las leyes a que obedece la economía política del capitalismo democrático le son peculiares, y no son aquellas codificadas por los desarrollos teóricos más clásicos.

La segunda, que el pensamiento neoconservador o neoliberal, al escoger como sus blancos predilectos al Welfare State y a la corporativización de la economía, socava las bases de la conciliación y pone así en riesgo el carácter democrático del capitalismo democrático.

III

El libro de Michael Novak, referido ya a nuestra realidad, plantea de manera oblicua tres interrogantes capitales:

a) ¿Por qué no ha existido capitalismo democrático en América Latina?

b) ¿Qué viabilidad tiene hoy el capitalismo democrático en nuestros países?

c) ¿Qué habría que hacer para tener capitalismo democrático en nuestros países?

En este punto hay dos precisiones que vale la pena indicar.

Digo que el libro plantea estas interrogantes de manera oblicua, porque la verdad es que no enfrenta derechamente las preguntas. El libro contiene un alegato contra la teología de la liberación, y es en el contexto de ese alegato donde sugiere las tres preguntas señaladas.

En segundo lugar, no hay tampoco un intento por responder directamente a esas preguntas. No obstante, los argumentos invocados en defensa de las tesis sustentadas permiten reconstruir las que creo que serían sus respuestas.

¿Cuáles son, entonces, las respuestas del profesor Novak? No son respuestas originales o nuevas, y sucintamente podrían esquematizarse así:

a) Si el capitalismo democrático no cristalizó en estos países —es decir, los países latinoamericanos—, ello se explica por la ausencia de *ethos* cultural adecuado.

A la vez, en esa ausencia hay una responsabilidad directa de la Iglesia, en cuanto difundió durante siglos un *ethos* cultural contradictorio con el requerido para el desarrollo del capitalismo democrático.

b) La viabilidad del capitalismo democrático depende de la difusión del correspondiente *ethos* cultural.

Contra ello atentan concepciones como las sustentadas por los teólogos de la liberación. Más aún, en general, atenta contra ello la difusión de ideas socialistas de cualquier clase.

c) Para tener capitalismo democrático hay que desplegar un esfuerzo de gran envergadura para socializar a la población en el *ethos* cultural del capitalismo democrático.

Ahora bien, los rasgos del *ethos* cultural que integra el capitalismo democrático son, tal como los plantea Michael Novak, bien conocidos: autocontrol, ascetismo, disciplina, capacidad de postergar gratificaciones, creatividad, espíritu innovador, vocación por independencia personal, etc.

Una primera crítica que se puede hacer desde ya, es que ese *ethos* cultural, tal como lo describe Novak, no es específico al capitalismo. Se tiene la impresión de que un *ethos* similar se requiere en el caso de cualquier esfuerzo colectivo de superación y transformación económicas, sea éste capitalista, socialista o de algún otro signo concebible.

Por otra parte, la construcción de una sociedad democrática ciertamente requeriría, en el plano cultural, de mucho más que el *ethos* descrito por Novak. Exigiría, por ejemplo, umbrales de tolerancia mucho más altos que los exhibidos por un sistema moral-cultural como el que caracteriza al Chile contemporáneo. Este punto merecería una consideración más detalla-

da y profunda, pero dado el objetivo de estas notas limitaré mis observaciones a la dimensión más económica del problema.

Comenzaré por la última proposición sugerida por el profesor Novak: la exigencia de un esfuerzo de socialización masivo —en sentido sociológico— en un *ethos* cultural armónico con los requerimientos de un sistema económico moderno.

Creo que a nadie le caben dudas sobre la necesidad de unas tareas de largo plazo que apunten hacia algo así como una reforma de mentalidades y corazones.

No obstante, si algo se ha aprendido en los últimos años es que la conformación del futuro, en el mediano y largo plazo, depende de las decisiones que se toman hoy en relación con los problemas coyunturales.

Ciertamente, hay que exigir visión en las decisiones de hoy, pero esas decisiones exigidas por el presente tienen que referirse a los problemas del presente. No pueden estar referidas a problemas de un futuro distante. Hacerlo implicaría simplemente una forma de escapismo, o un subterfugio para evadir responsabilidad por los problemas del presente.

Poniéndolo de manera esquemática, habría que decir que un diagnóstico que plantea como solución la construcción a largo plazo de un *ethos* cultural adecuado, está sugiriendo una solución ilusoria.

Lo único que podría tornar realista una semejante solución sería la expectativa de la posesión absoluta del poder y por todo el tiempo del mundo. Frente a esa expectativa habría que señalar que, por lo menos, ella no sería en ningún caso democrática.

Continúo ahora con la segunda pregunta planteada por Michael Novak: ¿por qué el capitalismo democrático no ha sido históricamente viable en nuestros países?

El profesor Novak afirma que esa inviabilidad ha obedecido a la presencia de un *ethos* cultural contradictorio con el capitalismo democrático, y ello se explica a su vez por la existencia de agencias culturales hostiles a él.

Hay aquí en juego opciones metodológicas y teóricas, cuya discusión escapa a los estrechos límites de este comentario. Hay que optar entre un paradigma sociológico que privilegie valores y cultura como elementos explicativos, y otro que privilegie elementos estructurales. El único criterio que puede orientar esa opción reside en la potencialidad explicativa de una u otra clase de paradigma.

Personalmente, me inclino por tratar el problema mucho más como uno de estructuras, y mucho menos como uno de predominancia de un *ethos* cultural inadecuado. En este sentido, la respuesta de Joseph Ramos

—citada por Novak en apoyo de su argumentación, pese a ser contradictoria con el énfasis cultural que permea su visión general del problema⁶— me parece que está en el camino correcto: los obstáculos han residido en las características de las estructuras internas de los países, especialmente en términos de una concentración inicial extrema de poder político y económico con la consiguiente limitación de oportunidades.

Ciertamente, el problema exige aproximaciones y respuestas empíricas. Mi impresión es que el trabajo historiográfico y sociológico es aun insuficiente para aventurar generalizaciones con algún fundamento. Me limitaré en consecuencia a avanzar algunas proposiciones sumamente tentativas:

a. En los países latinoamericanos hay desde la partida una notable rigidez de las estructuras de oportunidades socioeconómicas y políticas.

b. Esa rigidez dificulta considerablemente los procesos de apertura de las estructuras. En cuanto se produce un momento de apertura, operan con fuerza tendencias al cierre social.

c. La rigidez estructural induce rápidamente bloqueos reiterados de la situación.

d. El conjunto de la sociedad se constituye así en una sociedad suma-cero, donde cualquier desbloqueo asume proporciones catastróficas.

Esa expectativa de catástrofe opera de vuelta sobre las estructuras políticas, haciéndolas aún más rígidas, y ello tiene el efecto de acentuar la rigidez de la estructura socioeconómica.

Estas proposiciones tentativas me permiten abordar la segunda pregunta sugerida por el profesor Novak: ¿es viable el capitalismo democrático hoy en los países latinoamericanos similares al nuestro?

Obviamente, el sentido de la respuesta depende de la imagen que uno se haga de lo que ha sucedido con la legalidad que históricamente ha regido el movimiento de nuestras sociedades.

Personalmente, creo que esa legalidad, descrita esquemáticamente por las cuatro proposiciones tentativas recién enunciadas, sigue vigente hoy. Por esa razón, mi respuesta es negativa: el capitalismo democrático no es viable hoy en sociedades como la nuestra.

Ahora bien, es cierto que unas estructuras socioeconómicas rígidas y que, sin embargo, se mueven, no pueden sino acumular incesantemente tensiones en ese movimiento.

⁶ Michael Novak, *The Spirit of Democratic Capitalism*, Simon and Schuster New York, 1982, pp. 305-306.

No obstante, y pese a esa acumulación de tensiones, creo que mientras no existan desbloques políticos importantes —lo cual es improbable, en virtud de la propia legalidad que rige el movimiento de la sociedad—, ellas no pueden canalizarse creativamente. En estas condiciones, los desenlaces más probables de la situación parecerían ser los siguientes:

a. Estancamiento, con pérdida de viabilidad nacional.

Del conjunto de desenlaces imaginables, éste me parece el más probable.

b. Desbloqueo exógeno, tal como ocurriría, por ejemplo, en un escenario en que un país como Brasil logra desarrollar alguna versión de capitalismo democrático, satelizando un área importante de otros países.

Creo que un desenlace de este tipo es menos probable que el primero.

c. Catástrofe social y política, con remoción violenta y radical de estructuras.

Este desenlace, que creo menos probable que los anteriores, lleva a un escenario en que la reconstrucción de cualquier orden tiene lugar a partir de las ruinas y escombros. Implica descender varios grados en el nivel de civilización material e ideal, y con seguridad una pérdida de viabilidad nacional.

Ciertamente, es una visión pesimista. Pero habría que agregar que es de la esencia de las profecías el que se las haga para que no se cumplan.

Comentario del Sr. A. Fontaine Talavera*

Ha sido tan interesante el comentario del profesor Flisfish, que me siento tentado de abandonar las notas que traía preparadas para referirme, por ejemplo, al tema (que él ha planteado) de los riesgos que ciertas formas del Estado Benefactor pueden representar para el funcionamiento del capitalismo y de la democracia, o a las implicancias que yo le veo a la tesis de Lester Thurow sobre la *impasse* en que se encontraría, a su juicio, el capitalismo de los Estados Unidos o a la movilidad social como consecuencia del libre mercado *vis-a-vis* otros mecanismos. Sin embargo, creo que ya habrá tiempo más adelante de debatir estas cuestiones. Quisiera decir, en todo caso, que cuando yo recién comenzaba a pensar en temas políticos, recuerdo que me asombraba el irreductible optimismo de los planteamientos que

* Licenciado en Filosofía de la Universidad de Chile; Ph.D.(C) en Filosofía, Universidad de Columbia. Profesor de Filosofía de la Universidad de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

venían de la izquierda. Desde hace un tiempo a esta parte, noto que estamos en presencia de un fenómeno exactamente inverso: ahora se trata de una izquierda abrumadoramente pesimista. Me gustaría poder traer a esta sala una voz de optimismo cauto y realista, pero esperanzador. Precisamente enfoques como el de Novak hacen pensar que es posible avanzar en la conformación de consensos sociales capaces de sustentar una sociedad pluralista y estable. Ello supone concederle a las ideas, principios y articulaciones valóricas y simbólicas un papel significativo y propio en la constitución de los modos de vida y acción política en la sociedad.

Los ensayos del profesor Novak representan, creo, una prometedora renovación del pensamiento católico en materias socioeconómicas. Según la interpretación de Novak, los ideales de la sociedad capitalista y democrática constituyen una encarnación legítima y realista del mensaje evangélico. Pienso que estos escritos pueden estar llamados a ejercer perdurable influencia en la doctrina social de la Iglesia.

El autor que está con nosotros esta tarde puede ser visto como un discípulo de Jacques Maritain. En verdad fue en buena medida gracias a Maritain que la doctrina cristiana católica abandonó la nostalgia por el mundo monárquico, corporativo y con un orden moral unitario y no pluralista. El mensaje de Maritain ponía fin a la añoranza por el Ancien Régime e invitaba a los cristianos a comprometerse con la democracia en el orden político, el pluralismo en el orden ético-cultural y con una “tercera vía” (ni socialista, ni capitalista) en el orden económico. Al hacer esta distinción estoy empleando, para analizar a Maritain, una división tripartita de la sociedad (el sistema ético-cultural, el político y el económico) que proviene de los escritos sociológicos de Daniel Bell¹, y que Novak desarrolla y modifica en la obra que comento. Estos tres sistemas se condicionan y afectan mutuamente, pero cada cual tiene su propia legalidad y dinámica relativamente autónoma.

En la cuestión de la democracia Maritain fue enfático, planteando una tesis que resulta, en parte, reminiscente de la de Lord Acton². El asunto, sostiene Maritain, no es que la fe cristiana obligue a los creyentes a ser demócratas; lo que ocurre es que la democracia está ligada a la cristianidad y que el impulso democrático es una manifestación histórica temporal del espíritu evangélico.

¹ Daniel Bell, *The coming of Post-Industrial Society* (New York, 1973) y *The Cultural Contradictions of Capitalism* (New York, 1976).

² Lord Acton, “Historia de la Libertad en la Antigüedad”, *Estudios Públicos* N° 11, Invierno, 1983, págs. 291-314.

Con todo, el pensamiento de Maritain —sobre todo el del Maritain de *Humanismo Integral*— adolece de ambigüedades que lo hacen insuficiente como filosofía y teología política. Quisiera señalar dos de ellas, porque en ambos casos pienso que Novak ha dado pasos significativos.

Primero, hay en Maritain una cierta ambigüedad con respecto al sentido y razón de ser del pluralismo. En *Humanismo Integral*, en su capítulo V sobre “El Ideal Histórico de una Nueva Cristiandad”, Maritain defiende una versión del pluralismo que es opuesta—en su opinión—tanto al liberalismo como al ideal medieval del *Sacrum Imperium*. La argumentación de Maritain se basa en “el principio del mal menor”: “es para evitar males mayores... que la ciudad puede y debe tolerar en su ámbito... maneras de adorar que se apartan de la verdadera”³. Da la impresión de que de ser factible políticamente restablecer la unidad total y darle apoyo coercitivo, tal estado de cosas sería preferible. La tolerancia y el pluralismo serían tal vez un acomodo motivado por la dificultad de llevar hoy a la práctica el “ideal verdadero”. Maritain, a mi juicio, no proporciona una justificación filosófica y teológica del pluralismo como un ideal permanente. Por otra parte, Maritain cree que el liberalismo valora la tolerancia y el pluralismo, porque es absolutamente relativista. Pero esta interpretación es falsa.

Maritain comprende bien que una sociedad tolerante y pluralista requiere un consenso mínimo en torno, por ejemplo, al valor de esa libertad y el respeto al ejercicio que de ella hagan otros. Pero esto conecta ya con otros principios como el de la igualdad esencial de las personas y la necesidad de proteger, por ejemplo, sus vidas y sus bienes. Maritain ve que ese consenso mínimo puede expresarse en torno al concepto tomista de ley natural. Esta tradición entronca con John Locke y la filosofía de los derechos naturales que el Estado reconoce, pero no funda. La importancia y actualidad de este tema hacen que uno eche de menos en este ensayo de Novak una discusión más amplia de él, sobre todo en lo que se refiere a su justificación filosófica y teológica. Maritain piensa estar proporcionando un consenso mínimo radicalmente distinto al que serían capaces de proporcionar los filósofos de la vertiente liberal que Novak revaloriza en sus escritos.

Segundo, en el orden económico, el Maritain de *Humanismo Integral* propicia una forma societaria de la propiedad distinta del estatismo y distinta también de la propiedad capitalista. Nunca ha quedado en claro exactamente en qué consistiría este régimen de propiedad: ¿es el cooperati-

³ Jacques Maritain, *Humanismo Integral*, trad. por Alfredo Mendizábal (Buenos Aires, 1966).

vismo?, ¿la participación de los obreros en las utilidades de las empresas capitalistas?, ¿la administración por los trabajadores de empresas estatales?

Estas dificultades no han impedido que el anhelo por una reforma de la empresa —de su sistema de propiedad— se mantenga vivo tanto en cierto pensamiento socialista-democrático como conservador. Esto último es lo que ocurre, por ejemplo, con la teoría de “el balance social de la empresa” de Leonardo Polo, cuya deuda intelectual con Maritain y, curiosamente, con Keneth Galbraith, es evidente.

En estas dos dimensiones, orden pluralista y orden económico y empresarial, Novak en sus múltiples ensayos ha hecho planteamientos que son nuevos en el contexto del pensamiento católico de este siglo. Para Novak la necesidad y conveniencia de un orden pluralista se deriva de la noción cristiana y judía del pecado. Si el pecado es, en última instancia, una decisión libre y personal, entonces existirá en cualquier sistema socio-político. Ningún sistema podrá erradicar el pecado. Corresponde, entonces, diseñar estructuras sociales que partan de la base de que el pecado es imposible de eliminar. Un régimen pluralista permite el pecado así como el bien y se asemeja a la forma en que Dios —según la teología judía y cristiana— dejó al hombre que había creado. Afirmar el pluralismo no es ser un relativista moral, sino respetar la conciencia de cada persona. El pluralismo deriva, por lo tanto, de la libertad de conciencia.

Novak conecta el ideal del pluralismo con el de la democracia en política y el capitalismo en economía. Desde un punto de vista teológico, la cuestión se plantea así: ¿Cómo evitar, dentro de lo posible, los efectos sociales del pecado sin violentar la libertad de conciencia? La clave está en considerar los efectos no intencionales de los actos humanos y usarlos en forma creativa. La mano invisible de Adam Smith es justamente la imagen de una situación así. El bien común puede ser promovido, aunque no todos, aunque la gran mayoría no sean santos de altar. Para ello es necesario el cultivo de ciertas virtudes básicas de benevolencia, simpatía, espíritu de trabajo, honradez e interés propio como las que Smith explora en su ética, y un sistema económico como el capitalista. El interés propio, según Novak, es parte de la virtud. Hay que incluir en ese concepto el amor del hombre y la mujer, el amor a los hijos y a la familia. Las virtudes del capitalismo no sólo tienen importancia en el orden propiamente moral y en el orden económico: también la tiene en la vida política. Introducen moderación, realismo, capacidad para negociar y entender el punto de vista del otro. Los fundadores de la democracia norteamericana lo veían así y la experiencia parece haberles dado la razón. Novak celebra el que la Iglesia se haya propuesto contribuir al desarrollo económico y a la eliminación de las formas invo-

luntarias de pobreza. En su opinión, una de las maneras de hacerlo —no la única— es enseñar el valor social de las virtudes comerciales y del activismo económico.

A diferencia de Max Weber, Novak, como diversos otros autores, no ve nada específicamente “protestante” o, más precisamente, “calvinista” en el ethos propio del capitalismo. Su tesis es que el parentesco se da con el espíritu de la tradición judeo-cristiana como tal. Desde este punto de vista parecería que el imperativo bíblico de hacerse señores de la tierra y el concomitante rol del hombre como agente que completa la Creación, así como la idea de que la salvación o condenación se juega en el fuero de una conciencia libre e individual, estarían ya apuntando hacia ese ethos que será el alma del capitalismo democrático. Por otra parte, Weber parece haber sobreestimado el componente de cálculo mecánico del ethos del capitalismo e ignorado otros factores tanto o más importantes, entre ellos, la imaginación creadora; la sensibilidad ante las necesidades y preferencias de los demás (sin esa capacidad para percibir los deseos ajenos el empresario fracasa); la actitud para asociarse voluntariamente con otros y trabajar en conjunto; en fin, la anticipación intuitiva de lo que deparará el futuro. La imagen que Weber ofrece es la de la “jaula de hierro”. Pero la vitalidad, la ebullición, el carácter multifacético y transformador de la praxis en la ciudad capitalista moderna no se avienen bien con esa imagen.

A mi juicio, sería conveniente distinguir entre la filosofía moral que sustenta al sistema de economía social de mercado en cuanto tal, y las virtudes que favorecen la prosperidad y el desarrollo económico-social. No encuentro esta distinción en la literatura neoconservadora actual. Como he sostenido en otra parte⁴, el sistema mismo puede ser fundado filosóficamente a partir de una teoría de la acción que haga a la libertad una condición necesaria de la eticidad, y de una teoría de la justicia acorde con ello. La aceptación de una filosofía política de este tipo y su aplicación social supone ya un determinado conjunto de virtudes colectivas. Pero el ethos que, según se acostumbra a pensar, favorece la prosperidad económica y la movilidad social, y que, con ello, presumiblemente refuerza social y políticamente la estabilidad del sistema, está constituido, además, por las “virtudes comerciales”, cuya importancia Novak —como Bell y Kristol⁵— ha resaltado retomando un tema weberiano que conecta con los forjadores de los Estados Unidos. En nuestro medio este asunto ha estado en el tapete a

⁴ Arturo Fontaine Talavera, “Reflexiones sobre Ética y Mercado”, *Estudios Públicos*, N° 10, Otoño, 1983.

⁵ Irving Kristol, *Two Cheers for Capitalism* (New York, 1978).

lo menos desde que Encina publicara *Nuestra Inferioridad Económica*, en 1911.

El sistema capitalista es el que mejor se presta para organizar una sociedad pluralista tanto en lo ético-cultural como en lo político. Al menos hasta ahora la historia tiende a demostrar que de hecho ha sido así. La propiedad privada y el libre mercado permiten la praxis de un pluralismo y diversidad nunca antes imaginado. Solzhenitzin ha criticado la decadencia moral que esto ha generado: el hedonismo, el materialismo... Solzhenitzin ve en la música rock un símbolo de la decadencia. En esto coincide con Khomeini, el imán de Irán. Es una vieja crítica. El liberalismo, se dice, defiende el pluralismo y la libertad, pero cuando triunfa deja un hueco, un vacío. El individuo se pierde en una vertiginosa carrera adquisitiva y consumista. Entonces se frustra y entra en crisis existencial. Cambia de mujer: de trabajo, si puede, y empieza a “buscarse a sí mismo”. Esta es una imagen estereotipada, naturalmente, pero que resume un conjunto de críticas muy frecuentes.

Novak hace interesantes reflexiones sobre este “vacío del alma” que el capitalismo hace sentir. Lo considera positivo, moral y teológicamente. Es un sistema que permite y facilita el encuentro de ese vacío interior, impide que la sociedad lo llene con ídolos impuestos a la fuerza y, en definitiva, estimula la búsqueda personal. Todo esto tiene elementos de religiosidad incipiente. ¿Qué fue San Agustín, si no un insatisfecho, un perdido? ¿No es la historia de su conversión el producto de la exploración de ese vacío que él termina viviendo como un vacío de Dios? Es interesante notar que San Agustín vive en un período final del Imperio Romano en que impera un cierto grado de pluralismo religioso, filosófico y moral como lo atestiguan sus *Confesiones*. La doctrina cristiana trasciende todo sistema político, económico y social. Pero el desafío del pensador social cristiano consiste en determinar qué tipos de sistemas permiten, a su juicio, vivir mejor la experiencia de la trascendencia. Y la respuesta de Novak es tajante: el capitalismo democrático.

Maritain no parece haber comprendido bien la teoría económica del capitalismo. Por eso su sorpresa cuando conoció la praxis del capitalismo norteamericano⁶. El capitalismo permite una pluralidad de formas de organización empresarial. Pueden coexistir empresas cooperativas o de trabajadores, sociedades anónimas, talleres artesanales, multinacionales, conglomerados y grupos. El requisito es que obtengan sus recursos mediante el libre intercambio. La función social de la propiedad se materializa a través

⁶ Ver Jacques Maritain, *Reflexiones sobre América* (1958).

del mercado libre. Son los que usan los bienes producidos —no los que los producen— quienes juzgarán la utilidad social de tal o cual forma de organización empresarial.

Novak ha defendido no sólo la pequeña y mediana propiedad. También las grandes compañías, los holdings y las multinacionales. En una economía social de mercado son los consumidores —no el gobierno— quienes deben determinar el tamaño y la forma óptima de las organizaciones empresariales. En esta materia al Estado le compete diseñar y hacer respetar la ley contra monopolios y carteles. La lucha contra los monopolios —empresariales y sindicales— se facilita muchísimo si se mantienen, en general, aranceles bajos. En presencia de aranceles altos el control de los monopolios resulta en la práctica casi imposible. Esta es la posición explícita de William Roepke, quizás el pensador más importante para el movimiento demócratacristiano alemán que abrazara el ideal de la economía social de mercado después de la Segunda Guerra.

Adam Smith fue el primer pensador en plantear la posibilidad de un crecimiento económico sostenido que no se basara ni en la posesión de recursos naturales, ni en la explotación de un hombre por otro o de una nación por otra. Las sociedades capitalistas, aplicando buena parte de sus ideas, han demostrado que Smith tenía razón. Novak entrega en su ensayo *El Espíritu del Capitalismo Democrático* cifras impresionantes: en Gran Bretaña los salarios se doblaron en términos reales entre 1800 y 1850: y volvieron a doblarse entre 1850 y 1900. La población se multiplicó por cuatro en este período, lo que significa que hubo un aumento real de 1.600 por ciento en cien años. Otro dato: en la Francia de 1780 cuatro quintos de los franceses destinaban el noventa por ciento de sus ingresos a comprar pan⁷.

Se suele sostener que este desarrollo se debió a la tecnología. Es curioso que no se repare en la íntima conexión que hay entre el derecho de invención (la patente), la economía capitalista y el desarrollo tecnológico, conexión que se manifiesta en casi todos los casos de descubrimientos importantes y de uso social directo. El último de ellos: el alza del precio de las acciones de las compañías que invierten en investigaciones de ingeniería genética.

Novak ve la tarea del desarrollo como un imperativo ético, como la encarnación política de la opción cristiana por los pobres. El capitalismo es el camino por el cual se puede superar la extrema pobreza y poner en

⁷ Michael Novak, *The Spirit of Democratic Capitalism* (New York, 1982).

marcha un crecimiento económico sostenido. La opción por los pobres es la opción por el capitalismo democrático. En este campo la voz de este ensayista es nueva en la teología de este siglo. La mayor parte de los teólogos más conocidos de nuestro tiempo han optado por el socialismo: es el caso de Metz, Moltmann, Tillich, Nieburgh, Buber, y en Latinoamérica de Gutiérrez, de Assman, de Muñoz. En general, sostienen que el capitalismo es inhumano y se basa en la explotación. En el caso de los teólogos de la liberación, su pensamiento se funda en la teoría de la explotación, la lucha de clases y la teoría económica del imperialismo y la dependencia. El profesor Joseph Ramos, a quien Novak cita en su libro, ha refutado estas doctrinas⁸.

Desde un punto de vista teológico, Novak ve en la tarea del crecimiento económico un modo de participar en la creación de Dios por medio de la transformación de las condiciones de vida. A su juicio, en la Encíclica *Laborem Exercens*, de Juan Pablo II, aparece esta idea así como la incorporación de todos los productores —asalariados, empresarios, capitalistas— al concepto de “trabajadores”.

En su multifacético ensayo *El Espíritu del Capitalismo Democrático*, Novak toca prácticamente todos los temas que están en el debate intelectual de hoy día en Chile. En mi comentario he destacado algunos de los que me han parecido más atractivos y polémicos. Quisiera invitarles a interrogar al profesor Novak con franqueza y a ponerlo en apuros, cosa que yo como dueño de casa no he hecho, pero que espero que ustedes hagan ahora.

⁸ Joseph Ramos, “Teología de la Liberación”, *Estudios Públicos* N° 10, Otoño, 1983.